

**JUAN CARLOS  
RODRÍGUEZ**

**EL ESCRITOR  
QUE COMPRO  
SU PROPIO  
LIBRO**

**PARA LEER EL QUIJOTE**

I Premio de Ensayo Literario Josep Janés

**DEBATE**

## Sumario

### INTRODUCCIÓN

El cartero siempre llama tres veces (El camino del Quijote) . . . . .	9
---	---

### PRIMER QUIJOTE

I. Hacia la metamorfosis . . . . .	69
II. El porvenir de una «elección» . . . . .	99
III. Un paso adelante, dos pasos atrás . . . . .	111
IV. El placer de quemar o los guardianes del orden . . . . .	127
V. El suspense o ¿qué va a pasar? . . . . .	141
VI. El escritor que compró su propio libro . . . . .	151
VII. Aparece el sexo y aparece el miedo (como auténtico protagonista). El nuevo nombre. . . . .	169
VIII. La venta, las historias y la caricatura de Don Quijote. . . . .	199
IX. La jaula de los locos o de los monos . . . . .	209
X. Final: los libros de plomo y la obra abierta. . . . .	221

### SEGUNDO QUIJOTE

I. Dos libros en un espejo . . . . .	229
II. ¿Qué piensan los demás de mí? ¿Va a continuar el libro? . . . . .	249
III. El encanto de Dulcinea, un duelo a caballo y la sombra de una venganza . . . . .	283
IV. Un rico ostentoso y el cambio de nombre . . . . .	297

V.	<i>To have and have not</i> : las bodas y otra vez la magia de Dulcinea . . . . .	303
VI.	Un mono, unos rebuznos y otra huida vergonzante . . . . .	317
VII.	Los Duques: la historia interminable . . . . .	327
VIII.	¡Por fin libres! (con historias de pastores y una mala tarde de toros) . . . . .	367
IX.	Avellaneda o la sorpresa de una vida no vivida. . . . .	375
X.	Como se deshace el humo con el viento . . . . .	395
XI.	El fin del espejo de los tres libros . . . . .	407
XII.	Una muerte por amor y una pluma colgada que nos manda callar . . . . .	419

## EPÍLOGO

Los prólogos a los Quijotes (con el <i>Guzmán</i> y un intermedio ejemplar) . . . . .	429
---	-----

## Introducción

### El cartero siempre llama tres veces (El camino del Quijote)

Estando yo en Valladolid llevaron una carta a mi casa para mí, con un real de porte; recibíola y pagó el porte una sobrina mía, que nunca ella le pagara; pero diome por disculpa que muchas veces me había oído decir que en tres cosas era bien gastado el dinero: en dar limosna, en pagar al buen médico y en el porte de las cartas, ora sean de amigos o de enemigos; que las de los amigos avisan; y de las de los enemigos se puede tomar algún indicio de sus pensamientos. Diéronmela; y venía en ella un soneto malo, desmayado, sin garbo ni agudeza alguna, diciendo mal de «Don Quijote»; y de lo que me pesó fue del real, y propuse desde entonces no tomar carta con porte...

CERVANTES, *Adjunta al Parnaso*

## I

1. Quizá lo que más claramente se pueda decir sobre el Quijote es que es un libro escrito desde, por y para la lectura. La lectura atraviesa el Quijote (o los dos Quijotes) de parte a parte. Se infiltra en cada línea y va «anudando sus hilos». Se me podrá argüir con plena razón que todos los libros se escriben para ser leídos (u oídos). Pero lo que quiero resaltar es que el Quijote es el primer libro laico que expresa directamente y sin tapujos su intención: está escrito para ser leído «en masa» (con la relatividad que este término implicaría aplicado al siglo XVII), es decir, en busca de cualquier tipo de público. Mateo Alemán había conseguido un gran «éxito» al sacar en imprenta el primer volumen de su *Guzmán de Alfarache* en 1599. Y sin duda eso animó al librero Robles a lanzar el Quijote

cervantino. Pero había una diferencia abismal: el *Guzmán de Alfarache* es un libro que se presenta y se redacta en un tono comprometido de *moralismo* («del buen vivir cristiano») del que el Quijote carece por completo. Y a la vez Alemán tenía otras cosas en que ocuparse, mientras que Cervantes estaba solo, sin protección y sin «oficio conocido». Se hallaba por tanto doblemente aislado en el espacio público y ante el «público lector». Cervantes necesitaba, pues, la lectura para vivir a través de ella en cualquier sentido (tanto la lectura propia como la de los demás).

Acaso también por eso lo que más nos sorprende en el Quijote es que haya podido resistir tanto a aquellas lecturas primeras del XVII, como —muy en especial— a las posteriores. El polvo que deposita la sucesión de lecturas suele convertir el texto original en un crustáceo con caparazones difícilmente despojables. Y, sin embargo, el libro cervantino resistió.

2. En las lecturas de su propia época, el Quijote no pasó de ser una obra de burlas con amplia circulación en el mercado interior y exterior. Y *burlas* y *mercado* son palabras muy serias sobre las que tendremos que volver. El Quijote resistió a las indecisiones de Cervantes en torno al primer libro (y por supuesto a las indecisiones de Cervantes sobre Cervantes). Resistió diez años de silencio, desde 1605 (fecha *oficial* del primer Quijote) hasta 1615, fecha del segundo Quijote. Ahora en medio de un envite verdaderamente a muerte: la aparición del «falso» Quijote de Avellaneda en 1614. Y *falso* es también otro término lleno de aristas sobre el que necesitaremos interrogarnos. Durante ese tiempo —el suyo— apenas se le hizo caso al Quijote o apenas se lo tomó en serio. Bien es verdad que hubo amigos cervantinos como Salas Barbadillo o Torres Márquez, que ensalzaban a Cervantes, pero apenas citaban el Quijote o no lo citaban en absoluto. El libro tuvo buenos críticos en la segunda etapa del XVII, como Quevedo o Tirso, pero también se limitaron sin embargo a alabar básicamente el espíritu satírico o el proyecto de acabar con las caballerías. Tendría que ser a finales de siglo cuando el bibliófilo Nicolás Antonio otorgara al Quijote un valor en sí mismo, algo legitimado finalmente por la autoridad plena de Menéndez Pelayo desde el último tercio del XIX: el Quijote como la *novela*, como el libro «iluminador» de las sombras, etc. Pero en

medio habían sucedido muchas cosas —y no siempre buenas para nuestro texto.

3. Claro que en ese mismo xvii existen traducciones al francés y al inglés, y que en Francia, a más del especialísimo Saint-Evremond, también hubo partidarios del texto quijotesco. Incluso Saint-Evremond llegó a comparar a los personajes cervantinos con los de Homero (en el xviii Voltaire y D'Alembert resaltaron el buen sentido crítico cervantino). Pero hay que tener en cuenta sin embargo el «diletantismo» de Saint-Evremond. Se pasó la mitad de su vida exiliado en Londres, y si no hubiera sido por su amigo Des Maizeaux apenas sabríamos nada «real» de su obra. Lo cierto es que en Inglaterra (donde murió) se apreciaba mucho su talento crítico pre-revolucionario y antiacadémico; y quizá por eso, a Saint-Evremond, en medio de su brillantez e ingenio efímero y satírico, le venía que ni pintado el panorama que detectaba en la sátira cervantina, e indudablemente debe reconocérsele como uno de los críticos más «a favor» del Quijote de finales del xvii (murió en 1703). Por supuesto que Saint-Evremond había sido una figura de primera línea tanto en el aspecto militar como en el político. En plena *grandeur* francesa, estuvo a las órdenes de Condé y fue luego mariscal de campo. Su actitud contra el intocable cardenal Mazarino —y la excusa de un supuesto panfleto contra el cardenal— provocaron su exilio primero a los Países Bajos y luego definitivamente a Inglaterra. Incluso se permitió el lujo de despreciar el indulto que le ofreció Luis XIV. Parece evidente que Cervantes le entusiasmó por la semejanza que veía entre el «yo libre» del Quijote y el de Montaigne. Pero qué duda cabe de que su agnosticismo religioso y político fue lo que en verdad le llevó a elogiar el Quijote cervantino, al menos a partir de sus llamadas *Obras misceláneas* (1670). Hay muchas más razones por las que puede afirmarse que en Saint-Evremond está ya latiendo todo el enciclopedismo posterior. Pero no podemos olvidar tampoco que esa actividad crítica se realizó en Londres y no en París. En la Francia «oficial» el planteamiento crítico que Saint-Evremond admiraba en el Quijote hubiera resultado más difícil de explayar. Tanto por ser una obra española y nada «académica» o «neoclásica», como por el humus revolucionario que

seguiría fermentándose a lo largo de todo el siglo XVIII. Es curioso, porque si Lope apenas era considerado en los círculos académicos franceses más que como aquel «rimador impávido del otro lado de los Pirineos», Cervantes y el Quijote ni siquiera eran considerados. Simplemente, sólo existían de oídas<sup>1</sup>. Por el contrario, en el XVIII, Mayans, Juan Antonio Pellicer y el inglés John Bowle (sus dos mejores editores de la época dieciochesca) sí que consideraron a Cervantes y a su Quijote como un clásico, incluso —por parte de Mayans— como regla cierta para los «neoclásicos» ilustrados, al menos para los llamados *novatores*. Pero a mitad del XVII, en el mundo hispánico Gracián lo ignora por completo o, más aún, despliega todo su desprecio contra Cervantes y el Quijote en *El Criticón*. Incluso en la misma Francia, a principios del XVIII (1704), Lesage prefirió traducir el Avellaneda en vez del Quijote cervantino. Obviamente, los primeros escritores que lo imitaron y que tomaron el Quijote como modelo global fueron los británicos (e incluso los bibliófilos ingleses del XVIII que influyeron decisivamente en su divulgación). Como la burguesía se había inventado la literatura, Fielding y Sterne, que necesitaban apoyarse en algo que no fuera el vacío, se apoyaron en el Quijote. Gracias a las ediciones existentes descubrieron que el nuevo género que ellos buscaban (es decir, la novela) ya lo había construido Cervantes acaso sin saberlo. Y así se descubrió también al propio Cervantes a través de la biografía que el barón inglés lord John Carteret solicitó al valenciano Mayans y Siscar. Conviene recordar también que la edición del barón Carteret (así lo llama Mayans: lo veremos luego) apareció en 1738. Y que John Bowle llevaba años trabajando en solitario en su ejemplar edición (recordando siempre que jamás había visitado España), que culminó en 1781. Es ya habitual decir que, conociendo el hecho y quizá aver-

---

<sup>1</sup> En realidad, en Francia se conoció mejor a Cervantes que al Quijote. La primera traducción inglesa (siguiendo a la edición muy cuidada de Bruselas de 1607) fue llevada a cabo por Thomas Shelton y apareció en 1612. La primera traducción francesa, la de C. Oudin, apareció en 1615. Pero ya se habían traducido *La Galatea* y otras misceláneas cervantinas. Y las *Novelas ejemplares* serían en Francia lo verdaderamente respetado de la obra cervantina.